



JORGE WASHINGTON

1789
1964



LYNDON B. JHONSON

La Presidencia de los Estados Unidos

SYDNEY HYMAN

Historiador norteamericano autor de
"The American President".

El 30 de Abril de 1789, Jorge Washington salió al balcón de un modesto edificio público de la Ciudad de Nueva York, donde prestó juramento como primer Presidente de los Estados Unidos. El 30 de Abril de 1964 Lyndon B. Johnson se encontró en la frontera común donde la historia y la profecía se reúnen en la Casa Blanca. Allí atendió el doble deber que el día mismo le imponía por ser el trigésimo sexto Presidente de los Estados Unidos.

En el lado de la historia, tenía el deber de celebrar el 175° aniversario de la creación de la Presidencia, de honrar la memoria de los grandes presidentes del pasado que dirigieron el desarrollo de la república norteamericana de recordar las razones que han hecho de este cargo una actividad ininterrumpida y que lo han convertido en la más antigua institución directiva de las naciones del mundo. Del lado de la profecía, tenía el deber de pensar sobre el futuro de la Presidencia, el rumbo que debe seguir y la mejor forma en que se le puede dotar de los medios necesarios para alcanzar las finalidades que se fije.

Las personas invitadas por el Presidente Johnson para que los acompañaran en esa celebración no eran las de mayor jerarquía ni las más importantes de la nación. Era un grupo de historiadores que se han dedicado a estudiar las vidas de los Presidentes y la historia de la Presidencia. Algunos de los integrantes del grupo habían viajado miles de kilómetros con el único propósito de pasar unas horas con el señor Johnson. Para los que como yo residen en Wash-

ington reunirnos con él sólo requería caminar unas cuantas cuadras.

Sea como fuere, estuvimos a su lado cuando leyó al grupo de periodistas asignados a la Casa Blanca una proclamación de aniversario en que insta a todos los norteamericanos a que colaboren en el próximo año para desarrollar un proyecto de estudio sobre la Presidencia. Luego, invitados por él, almorzamos en el comedor de la familia de la Casa Blanca, donde nos habló de muchos de los asuntos que ocupan su atención en la actualidad: derechos civiles, relaciones obrero patronales, la lucha contra la miseria y, especialmente, sobre la necesidad imperativa de reducir las tensiones mundiales.

La esencia misma de lo que tuvo que decirnos sobre estos asuntos era clara para todos. Decía que no es suficiente que los norteamericanos se limiten a recordar lo que fue la Presidencia en el pasado, que no basta con sólo conservar ese pasado. *La labor importante del momento consiste en determinar la forma en que lo mejor del pasado se puede aprovechar para asegurar un futuro mejor.* Al expresarse en esa forma el señor Johnson siguió fielmente la tradición presidencial establecida por Jorge Washington desde el día que tomó posesión de la Presidencia.

* * *

El 30 de Abril de 1789 los Estados Unidos tenían 4 000 000 de habitantes dispersados en una vasta superficie geográfica formada por una rala red de fin-

cas, un puñado de aldeas y unos cuantos pueblos pequeños. El país apenas había terminado con éxito la guerra revolucionaria que le dio su independencia de la Gran Bretaña. Sin embargo, la independencia sólo le dio el título de territorio autónomo conforme a las normas del derecho internacional, no convirtió al nuevo pueblo en nación con regiones unidas en espíritu fraternal. Los norteamericanos se encontraban divididos por sospechas y rivalidades, por problemas económicos y sociales que era necesario resolver, por disputas sobre si el país debía continuar como nación agrícola o si debía aventurarse en el ramo del comercio y de la industria. El pueblo también estaba acosado a lo largo de todas sus fronteras por potencias extranjeras importantes.

Era evidente que el momento exigía un impulso ejecutivo que afectara toda la nación; un impulso que pudiera unir al pueblo, que dejara claramente establecido su interés común en la consecución de ciertas finalidades y que pudiera unir su fuerza natural para convertir en realidad sus esperanzas. Para lograr estas metas se creó la oficina de la Presidencia que establecieron por escrito los autores de la Constitución de los Estados Unidos en 1787. Esto era algo nuevo. Nunca, en toda la historia de la humanidad, había existido nada parecido, y por esa razón muchos estudiosos dudaban seriamente que el nuevo invento pudiera verdaderamente funcionar en el formidable mundo de la realidad.

Se decía, por ejemplo, que el Presidente sería "mera figura decorativa" por los numerosos frenos constitucionales que se imponían sobre el cargo. Se decía, por el contrario, que la Presidencia se convertiría "en instrumento de tiranía" porque cuando se desatara su poder inherente desaparecerían todos los frenos que sobre papel se decía que le imponía la Constitución. Hasta Washington mismo, modelo de valor físico y moral, tuvo sus dudas pues literalmente temblaba cuando prestó juramento del cargo, al igual que temblaron sus manos cuando escribió a un amigo "Camino sobre terreno virgen. Todo lo que puedo prometer es actuar con integridad y firmeza".

Sabía, como dijo él mismo, que cada uno de sus actos al orientar el curso del incipiente gobierno "se convertirá en precedente", que es mejor construir despacio y cuidadosamente sobre una base sólida que recargar a las generaciones del futuro con la onerosa tarea de "corregir errores originales confirmados por el hábito".

Detengámonos a considerar lo que en realidad había logrado para el tiempo cuando se retiró voluntariamente de la Presidencia al finalizar su segundo mandato. Lo que logró no tenía precedentes y continúa sin tenerlos entre los hombres que, en tiempos modernos, han merecido el nombre de "padre" de sus países respectivos.

Con una liga de estados Jorge Washington forjó una nación. Inculcó firmemente en el pueblo la idea de que la Constitución es la ley suprema del país. Se convirtió a sí mismo en ejemplo gráfico de lo que significa la moralidad constitucional. Estableció la supremacía incuestionable de lo civil sobre lo militar. Sobre todo, estableció la Presidencia como agente de

poder responsable, norma que se ha empleado para juzgar y que ha gobernado a todos sus sucesores.

Desde la época de Washington hombres con talentos y temperamentos distintos han ocupado la Presidencia. Han sido de gran visión o de poca visión, innovadores o consolidadores, exuberantes o meditativos. Ha habido hombres inclinados a la lucha y hombres que han dedicado todas sus energías a detener la marcha de todo. Sin embargo, la Presidencia no ha sido ocupada por hombres malos ni crueles. Nunca ha conocido un usurpador del poder, ni un hombre que se haya colocado sobre la comunidad humana en un plano sólo con Dios. Todos y cada uno de los presidentes se han sentido obligados a responder ante los tribunales en su carácter legal y ante el Congreso y el pueblo en lo que toca a lo político. Todos y cada uno de los Presidentes, al recibir poderes de emergencia en época de grandes peligros han renunciado esos poderes una vez ha pasado la crisis. Fue en esta forma que la Presidencia misma obtuvo y conservó la confianza perdurable del pueblo de los Estados Unidos en todas las épocas.

* * *

Hablemos de los nuevos retos que enfrenta la Presidencia en estos momentos.

Cuando escuchaba al Presidente Johnson hablar el 30 de Abril sobre los diversos asuntos que tenía que atender simultáneamente, se destacaron tres principios.

Por una parte, la tradicional línea divisoria entre los asuntos domésticos y los internacionales ha pasado a ser en la actualidad tan indefinida como un trazo sobre el agua. Ahora lo que se hace en el ámbito nacional predetermina lo que se debe hacer en el internacional, de igual manera que cualquier acontecimiento internacional de importancia predetermina lo que se debe hacer en el plano nacional. En esa forma si los Estados Unidos han de continuar como potencia de importancia en la arena internacional deben serlo también en el ámbito nacional. Sin embargo, con sólo poderío interno no podrá conseguir la paz que con tanto fervor desea y por lo tanto es necesario crear un ambiente mundial en que todas las naciones gocen de libertad y seguridad para alcanzar su desarrollo en la forma mejor adaptada a sus necesidades respectivas.

Siendo este el caso, el interrogante sobre la Presidencia es el siguiente. Considerando que sus propios poderes están divididos por la Constitución conforme a lineamientos nacionales y extranjeros, ¿es posible hacer ajustes en la Constitución que permitan a la Presidencia dar al país la dirección que necesita en vista de las nuevas condiciones que surgen cuando los asuntos nacionales y los internacionales han llegado a convertirse en un solo Asunto de Importancia?

El segundo reto está estrechamente relacionado con el primero.

El Presidente de los Estados Unidos obtiene su mandato por el voto directo de sus conciudadanos. Sin embargo, en la actualidad, a diferencia de la costumbre original, los electores del Presidente no son sólo los votantes norteamericanos. Por lo que el mundo en dificultades espera de los Estados Unidos el Presidente de ese país tiene electores no votantes en todo

el mundo que tienen gran interés en todo lo que él hace. Lo que debemos preguntarnos es lo siguiente: Dadas las causas naturales de los desacuerdos periódicos entre los electores votantes y no votantes del Presidente, ¿en qué forma le es posible conservar la confianza de ambos grupos cuando tiene que decidirse por uno u otro?

El tercer reto tiene que ver con la cuestión de información.

En la actualidad el Presidente navega por un gran mar de información que lo rodea por todos lados. Sencillamente no le es posible dominar todo. Tampoco se puede esperar que conozca todo lo que está sucediendo en el resto del mundo. Por lo tanto, tiene que luchar constantemente para llegar a la médula de los asuntos vitales que necesita conocer a todo trance, mientras deja los de importancia secundaria seguir su curso sin el beneficio de su atención personal directa, o más bien, los delega a la atención de sus subalternos.

Pero hay en este reto algo más. Muchas de las principales cuestiones políticas se han entrelazado con cuestiones científicas y tecnológicas de gran complejidad. Esto se aplica no sólo al ramo de la seguridad nacional sino también al de la economía. Es bastan-

te fácil decir que el Presidente está rodeado por asesores expertos que están familiarizados con los aspectos técnicos de las decisiones políticas que él debe tomar. Pero, ¿qué sucede si dos asesores técnicos igualmente eminentes dan al Presidente consejos contrarios? ¿Cómo puede determinar él cuál de los dos le está dando el consejo que debe regir la decisión política que ha de tomar?

Destacar la existencia de retos de la clase que acabamos de mencionar no equivale a decir que son típicos sólo del gobierno de los Estados Unidos. Otros pueblos libres y sus dirigentes gubernamentales también enfrentan retos similares aunque en distintos grados. Referirse a ellos sugiere que tienen especial efecto sobre la Presidencia, porque el cargo que ocupa Lyndon B. Johnson continúa siendo igual que el creado por Jorge Washington hace 175 años: el centro vital de acción de todo el estado y de todo el pueblo de los Estados Unidos. Es también sugerir que la conciencia del Presidente Johnson en cuanto a la realidad de estos retos constituye el mejor augurio de que él hará de su propia mentalidad política la fuente del futuro éxito de la nación en sus esfuerzos por hacer frente a estos retos.

NUESTRO DESTINO RADICA EN LA UNIDAD

EARL WARREN
Presidente del Tribunal Supremo
de los Estados Unidos

En ningún país del mundo, la lección de la unidad derivada de la diversidad ha sido más esencial que en los Estados Unidos, donde la consigna "E Pluribus Unum" (muchos en uno) ha tenido una significación nacional desde los orígenes del país.

No sólo comenzó su historia como una unión, una amalgama de estados extremadamente individualistas, sino que cada estado, a lo largo de la historia, ha absorbido y se ha enriquecido con el aporte de diferentes grupos, y como una aleación, ha alcanzado su fuerza por medio de la fusión, al igual que la nación misma.

Esto no implica decir que estamos libres de fuerzas cismáticas: raciales, nacionales y religiosas, como atestiguan tristemente los acontecimientos cotidianos. Pero nuestro destino radica en la unidad, y nuestras nociones fundamentales acerca de la igualdad y la justicia, prevalecerán en definitiva.

En el aspecto legal, hemos alcanzado un progreso considerable en cuanto a cumplir la inscripción que figura en el edificio del Tribunal Supremo de los Estados Unidos: "justicia igual al amparo de la ley". Pero hay otros muchos aspectos en que debemos dar una significación adicional a esta frase.

Aunque la doctrina de la igualdad se ha ampliado de modo considerable en los años recientes, no hay duda de que evolucionará en lo futuro. No quiero dar a entender con ello que el problema es sólo legal, pues todos los sectores de nuestra sociedad deben participar en esa tarea. Pero no debemos olvidar que la raíz misma de nuestro sistema político y el tema central de nuestra filosofía es la importancia de la persona.

Las raíces de este concepto llegan hasta el fondo mismo de nuestra existencia nacional. Desde los primeros instantes de nuestra historia, ha habido la opinión de que las personas disfrutaran de una dignidad humana esencial, que debe respetarse y salvaguardarse. Y es también una parte integral de la tradición de los Estados Unidos que, como garantía de sus propios derechos, cada hombre debe respetar el derecho de los demás.

De la diversidad de personas que integran la sociedad de este país, con sus diferentes credos, diferentes razas y diferentes grupos nacionales, surge la unidad, imperfecta pero en constante proceso de alcanzar el ideal unitario sin suprimir nunca la individualidad.

Por qué no es posible practicar en la vida internacional el principio de la unidad por medio de la diversidad, como se practica en nuestra vida nacional?

En realidad, algún progreso se ha obtenido y, mediante el fortalecimiento de las Naciones Unidas, continuará ese progreso.